

Sentido común y vida cotidiana

Juan Soto Ramírez

SI ANTES DE SALIR DE CASA uno echa una mirada hacia fuera y descubre que está nublado, es probable que tome un paraguas. Si uno decide ir a la playa, es probable que lleve un traje de baño, bronceador, toalla y previamente hubiese decidido ponerse a dieta. Si uno asiste a un congreso, es probable que haga sus propias “marcas” en su programa, llegue a tiempo para alcanzar lugar, ponga cara de que todo está muy interesante y haga anotaciones que probablemente nunca revise. Todo esto gracias al denominado Sentido Común. Es gracias al sentido común que podemos orientarnos o movernos en el espacio, gracias a él también podemos llegar a determinar qué hacer si nos perdemos o cómo comportarnos si estamos en un restaurante, en un bar o en un “table dance”. Si se nos rompe una agujeta, si se va la luz, si nos regalan una planta, si las llaves se nos quedan dentro de la casa cuando ya estamos afuera, etc., sabemos qué hacer. Sabemos cómo sortear los dilemas o las peripecias a las que nos enfrentamos precisamente porque contamos con algo que se llama Sentido Común. Pero comenzar a suponer que el sentido común es solamente conocimiento acumulado estaríamos en un error, sobre todo porque no podríamos precisar ‘dónde está acumulado’. Y a como va la ciencia, no sé si nuestros amigos neurofisiólogos ya hayan descubierto una zona cerebral para el sentido común. Pero en efecto, el sentido común no podría venir ya ‘instalado’ en el cerebro cual software de computadora. La primera idea que nos puede aproximar al estudio del sentido común es precisamente su consideración como una ‘dimensión de la cultura’. Veamos: la doble convicción de que la lluvia moja y que debemos ponernos a resguardo de ella, o de que el fuego quema y que no debemos jugar con él [...] se combinan para

abarcarse un amplio dominio de lo dado y de lo innegable, para conformar un catálogo de realidades inmanentes a la naturaleza tan concluyentes que se imponen en cualquier momento lo suficientemente esclarecida como para aceptarla (Geertz, 1983: 95).

Es cierto, cada cultura parece tener sus asociaciones y sus acepciones de modo tal, que la regla ‘no jugar con fuego’ se encuentra muy lejos de ser algo que los faquires puedan tomarse muy en serio. Los fumadores, por ejemplo, al menos los fumadores estándar de nuestra cultura, suelen tener una ‘costumbre’ demasiado exótica diría yo. Y digo exótica porque vista desde fuera se torna muy extraña. Los ‘fumadores’ de nuestra cultura suelen ‘bajarle el tabaco’ a los cigarros (y entiendo que esto no es una regla que pueda aplicarse a todos los fumadores pues no falta el que diga ‘no, yo no le bajo el tabaco a los cigarros’). ‘Bajarle el tabaco’ a los cigarros es algo así como un hábito, como una costumbre, como un ritual previo a fumar bastante conocido y difundido entre los fumadores. Sin embargo, es algo de lo que los no fumadores no se extrañan cuando la persona de al lado lo hace porque se toma como una realidad dada e innegable y, por tanto, hasta cierto punto incuestionable. Es decir, es muy probable que las personas que fuman y que suelen bajarle el tabaco a los cigarros jamás se hayan preguntado por qué lo hacen, pero es muy probable que hayan llegado a la determinación de que si no lo hacen el cigarro no tiene el mismo sabor o se acaba más rápido o es de mala suerte, etc. He escuchado tantas justificaciones de por qué los fumadores suelen bajarle el tabaco a sus cigarros que en algunas ocasiones hasta comencé a convencerme de que así era. Pero lo cierto es que cuando la ‘realidad vivida’

se asume como tal, es decir como algo dado e innegable, entonces se presenta 'incuestionable'. Y esta es una característica central del sentido común, que es incuestionable. Las prescripciones y prohibiciones del sentido común no pueden cuestionarse porque el sinsentido queda al descubierto. En otros países, los fumadores no suelen bajarle el tabaco a sus cigarrillos, más aún, no dicen salud después de que uno estornuda y cuando ellos estornudan y uno les dice salud, es como si uno no les dijese absolutamente nada, como si uno estuviese hablando solo. Esto comienza a cobrar relevancia pues estoy seguro que a muchos de nosotros nos enseñaron que decir 'salud' después de que alguien estornuda es una regla de cortesía, pero afortunadamente nuestras reglas de cortesía no son universales.

Cada cultura no sólo posee sus propios códigos de cortesía sino también sus propios modos en que funcionan sus tabúes y sus hábitos alimentarios. Podemos afirmar que la cocina de una sociedad es un lenguaje (Dordevic, 2005: 151). Sabemos que el alimento 'sólido' se acompaña del alimento 'líquido' y cualquier comensal puede enfadarse si su refresco está congelado o si su gelatina no tiene cierta consistencia. Sabemos que ciertos alimentos se sirven crudos u otros guisados, pero también sabemos que el agua para beber se sirve en una jarra o en los vasos y copas y no en el salero. En el judaísmo, algunas prohibiciones culinarias hicieron que: determinados animales sean considerados incomedibles [...] el concebir los rumiantes y ungulados como animales comestibles hizo que se eliminara al cerdo de ese sistema, porque no responde a la primera condición. Otras prohibiciones en ese mismo sistema apuntan a los animales marinos que no tengan espinas ni aletas y hacia determinados pájaros y animales que se arrastran (Ídem. 153-154). Y así sucesivamente hasta poder entender que todo sistema alimentario cuenta con su propia lógica simbólica. Pero dicha lógica simbólica es, digámoslo sólo metafóricamente, invisible para cada habitante de su cultura. Cuando uno se sienta a la mesa y se encuentra dos cuchillos y dos tenedores y dos cucharas, tiene que tratar de distinguir cuál es el cuchillo para la carne y cuál es la cuchara para la sopa, etc. Es de sentido común, por ejemplo, esperar a que el que está al lado o al frente, comience a comer para mirar cómo lo hace.

Se dice esto porque el sentido común guarda una relación muy estrecha no sólo con la lógica simbólica de los sistemas alimentarios sino con la de los sistemas sociales. Pero debemos decir que en ocasiones el sentido común es precisamente esa lógica simbólica que sirve como referente

para el pensamiento, el comportamiento o para la conversación, todos ellos fenómenos colectivos. Pero lo interesante parece comenzar justo cuando el sentido común opera. La falta de sentido común podría llevarnos a la inoperancia, a la tragedia, al drama o a la comedia. Gracias a la falta de sentido común entonces uno puede dejar un bebé en el borde de la cama o aplaudir o decir ¡olé! cuando uno no tiene qué hacerlo, etc. A diario nos enfrentamos con situaciones que nos son familiares y conocidas como cruzarnos con personas a las que nos da gusto saludar y a las que no nos da gusto ver, pero en ambos casos, 'sabemos' qué hacer. Sin embargo, a diario, también nos enfrentamos con situaciones en las cuales no sabemos qué hacer, decir, pensar, etc. Y el sentido común, sea por semejanza o similitud, nos permite resolver esos 'desafíos', es decir, nos permite enfrentar situaciones conocidas, así como situaciones que nos resultan desconocidas.

Cuando decimos que alguien tiene sentido común no sólo queremos sugerir el hecho de que utiliza sus ojos y oídos, sino que, como decimos, los mantiene – o así lo intenta – abiertos, utilizándolos juiciosamente, inteligente, perceptiva y reflexivamente, y que es capaz de enfrentarse a los problemas cotidianos de una manera cotidiana y con cierta eficacia. Y cuando decimos que le falta sentido común, no queremos decir que sea un retrasado [...] sino que tropieza en los problemas cotidianos que la vida le arroja a su paso: que sale de casa sin paraguas en un día nublado (Geertz, 1983: 96). Cuando echamos mano del sentido común, por lo regular, no nos percatamos de ello, muchas veces es imposible hacerlo. No obstante y a pesar de que el sentido común pueda entenderse, como ya dijimos, como una dimensión de la cultura o, en todo caso, como un sistema cultural, carece de homogeneidad. Por ejemplo, la doble convicción de que el sexo es placentero y peligroso está condicionada a las modificaciones estructurales a través del tiempo. Esto quiere decir que el sentido común no sólo cambia de acuerdo con las dimensiones espaciales solamente sino también con las temporales. De tal modo que lo que consideramos 'violación' o 'estupro' en otros tiempos pudo no haberlo sido. Pero otro de los aspectos sumamente interesantes del sentido común es que es bastante 'irregular'. No todos tenemos echamos mano del mismo sentido común, no todos lo utilizamos de la misma forma ni para los mismos fines. Sabemos que el cambio de cultura implica un cambio en las estructuras del pensamiento cotidiano, pero al interior de una misma cultura el sentido común presenta variaciones de sumo interés para cualquiera que pretenda

estudiarlo. Uno de los mejores ejemplos para ilustrar esto es el de 'cómo sortear un embotellamiento'. Sucede a menudo que los automovilistas se topen con un embotellamiento. Y sucede a menudo también que dichos automovilistas intenten evadir el embotellamiento utilizando 'vías alternas', pero sucede también que los automovilistas que tratan de sortear el embotellamiento, al encontrarse con más automovilistas que hacen lo mismo, se encuentre en un nuevo embotellamiento que ha sido producido gracias a su sentido común «iletrado».

El ejemplo del embotellamiento nos permite reconocer que si se produce un nuevo embotellamiento producto de una decisión colectiva 'casual', es gracias a la homogeneidad cultural con la que 'razonaron mundanamente' los automovilistas: un razonador mundano bien socializado asume un mundo que no está presente objetivamente, pero un mundo hacia el cual tiene un acceso experiencial continuo y, además, que otros experimentan de forma más o menos idéntica (Pollner, 1974: 132). Pero también nos habla de la heterogeneidad del razonamiento mundano de aquellos que a pesar de saber de la existencia de las vías alternas, deciden no aventurarse a tomarlas. Lo interesante es que el nuevo embotellamiento no es producto, precisamente, de la 'casualidad' sino de una deliberada forma de 'razonar' o de enfrentar una situación 'común a todos' con una misma

forma de pensar a la que bien podemos denominar, sin temor a exageraciones, sentido común. La gente 'sabe' que en los cumpleaños se regalan cosas, pero no todos regalan lo mismo. El sentido común es una forma especial de 'razonamiento', pero no es precisamente ese 'razonamiento' lo que caracteriza a la ciencia, sino que es un 'razonamiento no racional', común a todos, dado e innegable. De lo anterior se desprende que no todos los razonamientos son racionales sino que existen razonamientos irracionales. Y el sentido común puede ser de ambos tipos. Es decir, hay una forma del sentido común de la suerte de 'hacer aquello que cualquiera en mi situación haría' y hay otra de la suerte de 'hacer aquello que no cualquiera en mi situación haría, pero que seguramente otro hará lo mismo'. A pesar de que la gente sabe que la pueden timar con el viejo truco del billete premiado de la lotería que le venden por una buena cantidad de dinero, la gente sigue cayendo en las garras de los estafadores. ¿Por qué? podríamos preguntarnos, bueno, pues simplemente porque la contraposición homogeneidad versus la heterogeneidad en el 'razonamiento colectivo', permite la existencia de la diferencias abismales. No hay 'buen' y 'mal' sentido común, simplemente hay sentido común. La discusión sobre el sentido común no puede ser ética o moral, tal como suele darse, sino tiene que ser antropológica, fenomenológica o sociológica. Y dicho sea de paso, es un error suponer que el sentido común es algo opuesto al denominado pensamiento científico. Hay 'sentido común' en la ciencia. Sí, así como suena.

El sentido común de la ciencia, digamos, es equivalente al conocimiento estándar que cualquier profesional de una disciplina podría tener, por ejemplo un psicólogo. Ya que ahora es algo cotidiano encontrar psicólogos en los 'talk shows' o en las entrevistas radiofónicas, también es algo cotidiano escuchar aberrantes, las voy a llamar así, 'conclusiones estándar' sobre diferentes fenómenos, trátase del polifacético asesino de cumbres, la "mata viejitas" o algún célebre secuestrador, los denominados 'especialistas' parecen coincidir en ciertos puntos recurrentes como: baja autoestima, infancias mal logradas, abuso sexual, consumo de alcohol y drogas, maltrato infantil, etc. Los discursos son tan trillados que hasta las personas que no han tenido una 'formación psicológica' podrían decir lo mismo que un 'especialista'. Y esto es bastante cómico porque los psicólogos ingenuos parecen ratificar la validez de sus conclusiones porque otros especialistas están 'declarando' lo mismo. No parecen darse cuenta que en vez de llegar a las mismas conclusiones están llegando a los mismos discursos. Y cuando algún especialista





llega al discurso común de su disciplina, entonces tiene que preocuparse porque estará haciendo cualquier otra cosa, menos psicología, por ejemplo. Es decir: el conocimiento se vincula en todas partes con la estructura, la organización social, la praxis histórica. No sólo es condicionado, determinado y producido por ellas, sino que también es condicionante, determinante y productor de ellas (Morin, 1991: 81). Detrás de cualquier asociación en una sociedad, existe un 'sentido cultural'. La labor de un investigador sería la de adoptar la postura de un criptoanalista cuando aborda una lengua extraña (Cicourel, 1964: 231), pero debemos entender que los sucesos de la realidad no pueden reducirse a los 'hechos de lenguaje'. La denominada 'realidad' no es exclusivamente 'retórica' o de cualquier otra índole asociada a los fenómenos del lenguaje.

Nadie duda que la naturalidad, la practicidad, la transparencia, la asistematicidad y la accesibilidad sean las 'propiedades extrañas' del sentido común (Geertz, 1983: 107), pero lo que no podemos aceptar es que el sentido común se reduzca exclusivamente a dichas características o pueda ser descrito exclusivamente a través de estos elementos. Al imponer un aire de obviedad o de elementalidad a las cosas, también permite distinguir lo que no es obvio u elemental,

de tal suerte que también es antinatural ya que los peces de un acuario tropical no cuentan con sentido común. Es decir, al sentido común sin el elemento social se le denomina 'instinto'. En la medida en que el sentido común es práctico, necesita echar mano de la evidencia empírica que construye para legitimarse, no obstante la corroboración de sus pronósticos es endeble y superficial ya que depende de un sistema ideal de proyección hacia el futuro. Las frases 'te lo dije' o 'ya ves' ayudan a esclarecer esta propiedad del sentido común. Al ser tan amplios, vagos y ambiguos sus pronósticos, requieren de la espera para corroborar sus aseveraciones. El sentido común se corrobora sólo si ocurre de forma tal que sea incuestionable. La incuestionabilidad de sus aseveraciones proviene de un alto grado de irrefutabilidad de sus presupuestos: los objetos caen porque caen y no por la fuerza gravitacional, la gente se saca la lotería por la suerte que tiene y no por las leyes de la probabilidad, la gente pierde sus trabajos porque tiene mala suerte y no porque no cumplió con los requisitos necesarios para desempeñar una tarea, etc. Pero esto no quiere decir que el razonamiento que se desprende del sentido común sea irracionalidad pura sino que el sentido común, precisamente, es el ámbito de las pasiones. Uno elige el número ocho porque es el número de su suerte y no porque sea redondo o el doble de cuatro. En el sentido común hay sabiduría acumulada, conocimiento popular, y no por ello es desdeñable. Para terminar podríamos decir que: la sabiduría de sentido común es descarada y condenadamente *ad hoc*. Se nos presenta en forma de epigramas, proverbios, *obiter dicta*, chanzas y anécdotas, *contes morales* [...] y no mediante doctrinas formales, teorías axiomáticas o dogmas arquitectónicos (Ídem. 112-113). El sentido común forma parte del folclore de la cultura. •

Referencias

- Cicourel, A. (1964): *El método y la medida en sociología*, Madrid, Nacional, 1982.
- Dordevic', J. (2005): "La comida: interpretaciones e innovaciones" en *Criterios*, La Habana, 35, 143-189.
- Geertz, C. (1983): "El sentido común como sistema cultural" en *Conocimiento Local*, Barcelona, Paidós, 1994, 93-116.
- Morin, E. (1991): "Cultura n conocimiento" en Watzlawick, P. y Krieg, P., *El ojo del observador*, Barcelona, Gedisa, 1995, 73-81.
- Pollner, M. (1974): "El razonamiento mundano" en *Sociologías de la Situación*, Madrid, La Piqueta, 2000, 131-163.

JUAN SOTO es psicólogo social y es profesor e investigador adscrito al Departamento de Sociología en la UAM-Iztapalapa. Correo electrónico: soto@lycos.com <http://juansotoram.es.tl/>